

TERCERA SEMBLANZA

JULIO BORREGO NIETO

Hay dos maneras de regresar al punto que acabas de dejar a tus espaldas. Una consiste en darse la vuelta. La otra en dar la vuelta al mundo. La gente corriente adopta la primera de las maneras [...]. Muy pocos son los que optan por la segunda de las maneras. Sapo fue uno de esos.
(Juan Bonilla, *Nadie conoce a nadie*)

HAY DOS MANERAS DE INVESTIGAR EN LINGÜÍSTICA. Una consiste en leer todo lo que los demás han escrito sobre el problema y luego elegir tu propia opción (cuando no te limitas a hacer un refrito sin proponer nada). La otra en reflexionar primero por tus propios medios y luego contrastar tu opinión con las ajenas. La gente corriente opta por la primera de las maneras. Muy pocos son los que optan por la segunda. Juan Felipe García Santos es uno de esos.

Lo mismo que la solución de Sapo, la de Juan Felipe es mucho más costosa, pero mucho más interesante por todo lo que el desarrollo del itinerario permite descubrir y disfrutar. En el caso de Juan Felipe, además, el punto de llegada suele ser mucho más original, y eso convierte a sus trabajos más conocidos en obras únicas. A veces, desgraciadamente, al precio de no tener la difusión de otras perfectamente prescindibles.

Voy a ejemplificar con dos de sus libros, distantes en el tiempo. El primero se titula *La comunicación avanzada en español. El componente gramatical* y se publicó en 2020; el segundo, *Cambio fonético y fonética acústica*, se publicó en 2002, aunque se redactó unos años antes. No voy a decir que el primero no se ha conocido. Se ha vendido y difundido bastante más que otros homólogos, pero no ha tenido el reconocimiento que merece. Es heredero de dos anteriores, *Español. Curso de perfeccionamiento* y *Sintaxis del español. Nivel de perfeccionamiento*. Los dos gozaron de mejor suerte, a pesar de que el último es la decantación, purificada por la expe-

riencia, de todo lo que de nuevo tienen los dos anteriores. Pero resultó demasiado original, rompía demasiados tópicos y ¡oh cielos!— no era pródigo en bibliografía, sobre todo en inglés. Mal endémico de Juan Felipe y de todos aquellos que siguen la dirección de Sapo.

El caso del segundo libro es aún más sangrante. Por procedimientos experimentales muy convincentes llega a conclusiones revolucionarias sobre la evolución histórica de varios de los sonidos del español, por ejemplo, sobre la llamada «sonorización de las oclusivas sordas». En este hay más citas, pero predominan los clásicos españoles y vuelve a ser avaro con el inglés. Además huye de la oscuridad erudita y trata de ser didáctico incluso cuando investiga, otra de las marcas de fábrica de Juan Felipe. Resultado: un trabajo raro, apenas encontrable, poco citado.

He elegido dos ejemplos, pero podría hablar de otros del mismo tenor que tienen que ver con el leísmo, o con la investigación histórica de la morfosintaxis o con la ortografía del español. De todos modos, la elección de esos dos no es casual, porque representan las dos líneas fundamentales de la investigación de Juan Felipe: la que tiene que ver con la enseñanza del español como lengua extranjera y la relacionada con la historia de esta misma lengua. (Dejo aparte la línea que constituyó el objeto de su tesis doctoral, el estudio del léxico político, no porque no sea representativa de su modo de hacer, sino porque la dejó de lado prematuramente).

La segunda constituye su verdadera vocación. Discípulo de nuestro común maestro D. Eugenio de Bustos, heredó sus clases con entusiasmo y puso la historia del español en el mapa de la modernidad. Pero un desafortunado e injusto revés en los protocolos de la promoción universitaria lo desvió de ese camino, en contra de los consejos de todos sus amigos, y se lo dejó expedito a gentes menos rompedoras. La enseñanza del español, hasta entonces más bien una afición placentera, fue su refugio y acabaría debiéndole a ella buena parte de su renombre. Sus manuales están en todas las bibliotecas del mundo civilizado y no tan civilizado (existen datos objetivos al respecto), miles de alumnos recuerdan su nombre y muchos se ponen en contacto con él o lo visitan en sus regresos a Salamanca. A muchos les enseñó a hablar el español con corrección; a otros muchos les enseñó a enseñarlo.

Así que no es casual que las asignaturas optativas que impartía sobre el tema tuvieran que multiplicar sus grupos y, aun así, poner límites a la inscripción. Y sí, daba buenas notas y apenas suspendía, pero no era por eso. Que los alumnos odian o aman a un profesor o una profesora en función del número de aprobados es uno de tantos mitos de la gente que no conoce la Universidad. Sus alumnos lo adoraban —lo adoran— porque se dejaba la piel en las clases, porque creía en lo que decía, porque lo que decía era interesante, porque lo exponía con claridad y porque con los alumnos no abandonaba, naturalmente, su bonhomía congénita. Su herramienta pedagógica fundamental siempre fue una pizarra enorme que, desde media hora antes de que empezara la clase, llenaba con todo lo que iba a explicar ese día.

Como persona y como compañero lo conozco desde que leyó su tesina sobre el habla de La Pesga, hace más de 50 años. Jamás he tenido con él una desavenencia personal y las intelectuales, frecuentes al principio, han ido escaseando cada vez más. Algunas de las últimas fueron sobre el futuro futbolístico de Vinicius o sobre la velocidad más conveniente para viajar por carretera. Buena prueba de nuestra armonía es que nos hayamos embarcado juntos en proyectos que en su día fueron grandes (como *Viaje al español*) y que siempre hayamos compartido despacho, en buena parte gracias a su empeño generoso por hacer posible que D. Antonio Llorente, otro maestro compartido, tuviera un lugar donde trabajar en la facultad después de su jubilación.

Quizá sea esta, la generosidad, su virtud personal fundamental, aunque no es fácil elegir, porque también es sencillo (sin esa fatuidad y esa pedantería tan frecuente en este mundo universitario nuestro), práctico y realista (lo cual a mí me ha ayudado bastante), fiel y sacrificado. Precisamente por fiel y por sacrificado se hizo cargo de la dirección de Cursos Internacionales en momentos difíciles, muy en contra de su voluntad –me consta fehacientemente–, aunque a la larga haya sido una de las etapas de su vida que recuerda con más cariño. Y de la misma manera la recuerdan quienes la compartieron con él.

Este homenaje llega tarde, en parte por culpa de la maldita pandemia, pero en buena parte también por su resistencia heroica a ser el centro de nada. Habría que pedir un proyecto para investigar por qué siempre se resiste a los reconocimientos la gente que más se los merece. Pero el homenaje ha llegado, y eso es lo importante. Elena Bajo me ha arrancado la espina que tuve clavada desde que al final del confinamiento Juan Felipe ya no estaba.

Bendita sea.

